

bieran estado momificados en la ciudad dos veces cerrada, en el gran sepulcro de la corte, no habrían dejado de moverse en la dirección del peligro, como lo habían hecho sus predecesores de las grandes épocas nacionales.

Una vuelta hacia Nan-king, la «residencia del Mediodía», hu-



Gabinete de las Estampas.

TRABAJO DEL OPIO — COCCIÓN

Biblioteca Nacional.

biera llevado las fuerzas defensivas del Estado á la proximidad del centro de riqueza y de población; no hay duda de que si el gobierno chino hubiera dado ese ejemplo de iniciativa y de decisión en el peligro, las disensiones interiores que tomaron tal grado de acuidad cuando la rebeldía de los Tai-ping, se hubieran evitado en gran parte, y los mandarines no hubieran pasado por la humillación de entregar su pueblo á los mercenarios extranjeros. La elección de Han-keou, que es el centro comercial del imperio, y donde, por

consiguiente, convergen todos los recursos de las provincias, hubiera sido también conveniente; quizá desde el punto de vista estratégico, el de la defensa y del ataque contra todo peligro, el lugar mejor indicado por la Naturaleza hubiera sido la ciudad de Kiu-Kiang, colocada sobre una península rocosa de la margen meridional del



Gabinete de las Estampas.

TRABAJO DEL OPIO — LLENANDO LOS POTES

Biblioteca Nacional.

Yang-tse, entre aquella enorme corriente y el mar interior del Poyang, recorrida por canales navegables en todos sentidos: de ahí el nombre de «Ciudad de los nueve ríos» que ha tomado la gran ciudad comercial abierta á la fuerza por los Ingleses á la navegación europea. De aquel punto central, situado casi á igual distancia entre Nan-king y Han-kou (Hankeu, Hankow), las vías mayores irradian á todas partes, sea por los ríos, sea por las brechas de las montañas, primeramente hacia todos los puntos de la gran cuenca fluvial



de la Flor del Medio, después al Sudeste hacia Fou-tcheu y los demás puertos de Fo-kien, al Sudoeste hacia Cantón, al Norte hacia Kai-fong y Pekin.

Pero en tanto que los gobernantes chinos se anquilosaban en sus palacios, convertidos en verdaderas tumbas, y se entretenían con la cantinela de las viejas fórmulas, los acontecimientos seguían su curso y en la masa de la nación se operaban grandes transformaciones: modificando su equilibrio, las condiciones económicas del mundo debían impulsar á la sociedad china, tan móvil como las de-



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

PUENTE DE LOS DIEZ MIL AÑOS EN FOU-TCHEU

más sociedades, á nuevas coyunturas. Sin razón se ha dicho que la Flor del Medio había conservado su desprecio hacia el extranjero, comparándose á lo que conocía de Europa esa región tan lejana, dividida en tantos pequeños Estados hostiles. China tenía conciencia de la majestad que le daban su larga duración, la grandeza de su pasado, la extensión de su territorio y la inmensidad de sus poblaciones, pero le faltaba la fuerza de su iniciativa, y esa fuerza pertenecía á los insolentes extranjeros que comerciaban en sus puertos. Esos «bárbaros de cabellos rojos», que eran en su mayor parte Ingleses de cabellera rubia, merecían, en efecto, el nombre de bárbaros, cuya profesión consistía principalmente en introducir de contrabando la funesta droga del opio, recogida en sus plantaciones de las Indias. Desde el punto de vista moral, la actitud de China

negándose á envenenar su pueblo, era dignísima, y la Gran Bretaña no tenía derecho á hablar de su cultura superior imponiendo á sus clientes el uso del veneno, so pena de bombardeo y asalto. Por lo demás, ese crimen político no presenta nada de excepcional en la historia de la humanidad. El torrente circulatorio de la vida internacional corrió siempre llevando impurezas; ¿cuál es la nación comercial de Europa que no haya de reprocharse haber vendido á los pueblos extranjeros, con mercancías diversas más ó menos útiles, los aguardientes adulterados y otros funestos productos?



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

ATRASANDO EL ESTUARIO DEL SI-HO

En 1839 comenzó la guerra llamada del opio, y naturalmente tuvo por primer teatro el estuario de Cantón, la escala más meridional del imperio, que es al mismo tiempo la más próxima de Europa y de sus colonias asiáticas en la India y la Insulinda. Todopoderosa en el mar, donde los juncos chinos, pesados y torpes, se aventuraban para ser echados á pique, la flota inglesa pudo maniobrar libremente sobre las costas, forzar varias veces la entrada de Cantón, bombardear los fuertes, tomar temporalmente en rehenes una de las islas situadas cerca de la desembocadura del Yang-tse, es decir, precisamente enfrente del centro del imperio, y apoderarse, esta vez definitivamente, de una isla que le aseguraba la dominación comercial y militar de toda la China meridional y de los mares que bañan el sudeste del Asia. Desde el año 1841, esa colina insular

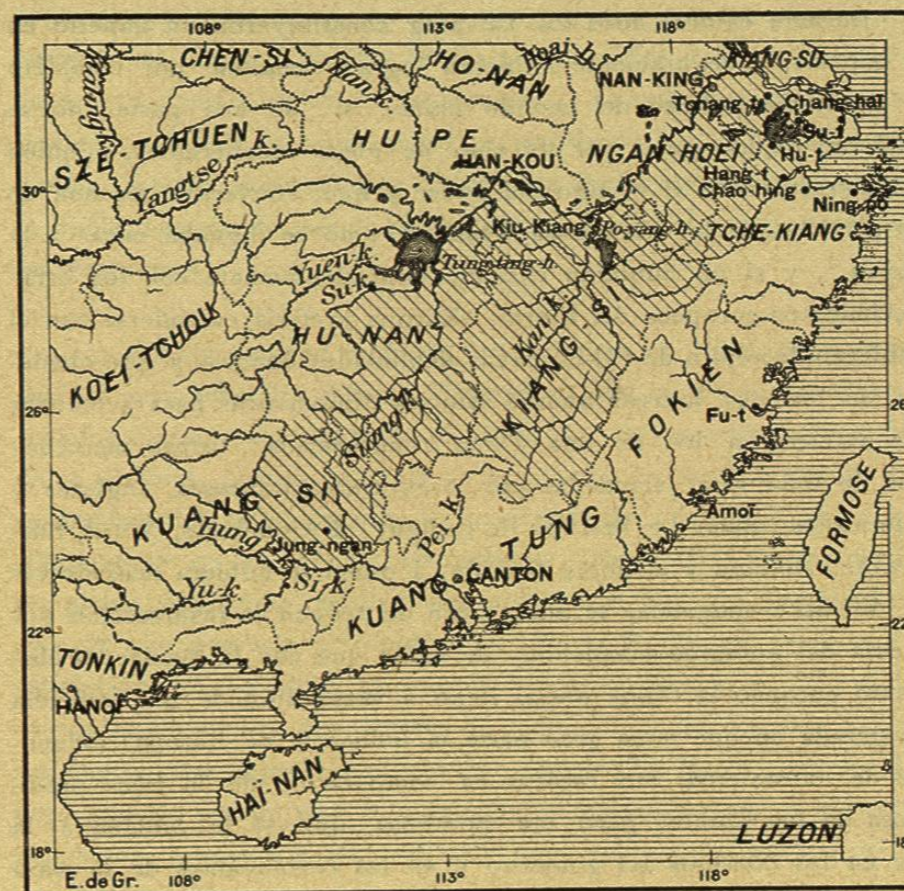


de Hong-kong, absolutamente invulnerable por parte de los Chinos, no ha cesado de engrandecerse en riqueza, en población y en fuerza de ataque. En virtud del tratado de Nan-king, impuesto por los Ingleses en 1843, cinco puertos del litoral fueron abiertos libremente al comercio extranjero, Cantón, Amoi, Fou-tcheou, Ningp'o y Changhai. Al año siguiente, la escuadra americana y luego la francesa se presentaron para hacerse conceder las mismas ventajas; los Franceses estipularon además la abolición de las leyes de proscripción contra los misioneros cristianos y los catecúmenos indígenas: de nuevo los sacerdotes católicos, á los cuales vinieron á asociarse los protestantes de todas sectas, comenzaron su obra de disgregación del imperio.

Pocos años después, exactamente en la época en que el mundo occidental era tan profundamente sacudido en su armazón política, el imperio chino fué conmovido por la gran rebelión de los Tai-ping, á la cual han podido igualar en ruinas y matanzas las revoluciones anteriores del Extremo Oriente, pero que se distinguió de todas ellas por sus rasgos de origen extranjero. Las bandas agrupadas alrededor de los organizadores de la lucha que estalló en 1850, después de una larga preparación secreta, pertenecían casi exclusivamente á la clase de los Háka, proletarios despreciados de las márgenes del Si-Kiang y de sus afluentes, en los cuales se ven Chinos del Norte, de raza muy pura, emigrados entre los Puntis, «raíces de la Tierra», ó aborígenes que constituyen el grueso de la población del Kuang-tung. Los insurrectos eran, pues, Chinos por excelencia, y en su marcha triunfal á través de las provincias del centro, á lo largo del eje de vida de la «Flor del Medio», reclutaron sus adherentes únicamente entre los Chinos patriotas para quienes la dominación de la dinastía mandchou era la peor de las humillaciones nacionales; el símbolo de la liberación consistía en dejarse crecer la cabellera, según la antigua moda popular: de ahí el nombre de Tchang-mao ó «Largos cabellos» que llegó á ser la denominación común de los insurrectos. Y esos Chinos puros se dejan influir de tal modo por las enseñanzas de algunos misioneros comprendidos á medias y por tratados religiosos de escaso valor, que adoptan la Biblia como libro sagrado y la hacen traducir par-

cialmente, elevan á Jesucristo al rango de sus dioses y reconocen á los protestantes como «hermanos en la fe». Recitan con reverencia las «diez grandes leyes del cielo», que no son sino los diez man-

N.º 452. China de los Tai-ping.



1 : 15 000 000

0 250 500 1000 Kil.

El imperio de Tai-ping, de 1851 á 1862, está indicado por un rayado. La ciudad de Jung-ngan en el Kuang-si fué tomada por los insurrectos en otoño de 1851, Nan-king el 19 Marzo 1853 y Ning-po el 9 Diciembre 1861. Esta ciudad fué reconquistada en 1862, Chao-hing y Su-tchen en 1863, Tchang-chen, Hang-tchen, Hu-tchen en la primavera de 1864, Nan-king el 19 Julio 1864.

damientos de los Judíos, traducidos por ellos con bastante exactitud, pero con la añadidura expresa de la prohibición de las «cosas sucias», es decir, del opio y del tabaco. El comunismo de los pri-



meros cristianos, que despertaban en ellos impresiones atávicas adormecidas desde tiempos remotos, les ayudó á poner los bienes en común y á decidir la reorganización de la propiedad territorial por grupos de veinticinco familias asociadas sobre un territorio único.

Durante catorce años los Tai-ping constituyeron un imperio en el imperio, y seguramente hubieran logrado cambiar por completo el equilibrio político del mundo chino, si, de una parte, no se hubieran dejado guiar por un amo de ideas incoherentes, á quien había trastornado el vértigo del poder y que, convertido en una de las personas de la «Santísima Trinidad», no se dignaba mirar á la Tierra<sup>1</sup>, y si no hubieran chocado imprudentemente con los establecimientos europeos del litoral. Europa prefería entenderse con el gobierno decrepito de Pekin, cuyas debilidades conocía y que obedecía sus órdenes, á crear nuevas astucias diplomáticas para acomodar sus intereses á los de una China transformada; tropas mercenarias de toda raza, mandadas por aventureros franceses, ingleses y americanos, como Le Brethon de Coligny, d'Aiguebelle, Ward, Burgewine, Holland y el noble Gordon, á quien se hubiera deseado ver en diferente compañía, se encargaron de reducir la insurrección por cuenta del gobierno mandchou; de modo que con la ayuda del elemento europeo la China oficial llegó á verse libre de una rebeldía inveterada en que tenía gran parte la influencia de Europa: influencia de extranjeros, tan escasos en comparación de la masa prodigiosa de los Chinos, pero tan poderosa, que se la hallaba á la vez en los consejos del gobierno y en las revoluciones de la masa profunda.

Pero los extranjeros querían poseer una parte oficial de poder correspondiente á sus ambiciones, y mucho antes de tener fin la insurrección de los Tai-ping, estalló la guerra. La Gran Bretaña y Francia se habían encargado de representar los intereses del «mundo civilizado». El bombardeo y la ocupación de Cantón, luego dos ataques sucesivos del fuerte de Pei-ho y dos tomas de Tien-tsin, y, por último, la campaña victoriosa (1859) de los aliados que coro-

<sup>1</sup> Lindsay Brine, *The Taiping Rebellion in China*.

naron el asalto de Pekin, el incendio y el saqueo del Palacio de Verano, fueron los principales acontecimientos de la invasión franco-inglesa, que establecía claramente la superioridad militar de las potencias occidentales. Después de esas catástrofes, el gobierno chino hubo de ceder, y sucesivamente, acatando las exigencias de los embajadores extranjeros, se abrieron nuevos puertos al comercio europeo, se aumentó la lista de los privilegiados y se les entregó el examen y comprobación de las aduanas. Al mismo tiempo, los misioneros católicos y protestantes se establecían en el interior en los puntos que les convenían, y á los ojos de la multitud acumulaban la doble ventaja de ser á la vez funcionarios chinos y protegidos del extranjero.

Un cambio análogo se había producido en el Japón, pero de una manera más sencilla, noble y dramática: los resultados políticos y sociales fueron quizá, durante el siglo XIX, la maravilla más grande de la historia, porque se trata nada menos que de una nación que se arranca del ciclo cerrado de la civilización oriental y entra casi súbitamente en el mundo europeizado. Semejante transformación no puede explicarse evidentemente más que por una presión interior de una potencia extraordinaria. Se ha llegado á creer que la intimación del comodoro americano Perry, significada en 1853 al gobierno japonés para que abriera al comercio de los Estados Unidos los puertos del imperio, fué la razón decisiva de la gran revolución; pero aquélla no fué sino la ocasión. Es indudable que la república americana, propietaria hacía algunos años de la parte del litoral que en el Nuevo Mundo se halla precisamente en frente del Japón, había de buscar con gran empeño mercados extranjeros para su nuevo puerto de San Francisco; así también Rusia y todas las potencias europeas, que se apresuraron á imitar á los Estados Unidos y á reclamar el libre acceso á los puertos japoneses para sus barcos, tenían gran interés en hallar un mercado de la importancia del Japón; pero por grande que fuera la fuerza material y moral desarrollada en esa convergencia de esfuerzos exteriores, no podía triunfar de la política tradicional del Japón, religiosamente observada durante más de dos siglos, sino á condición de ser deseada por una gran



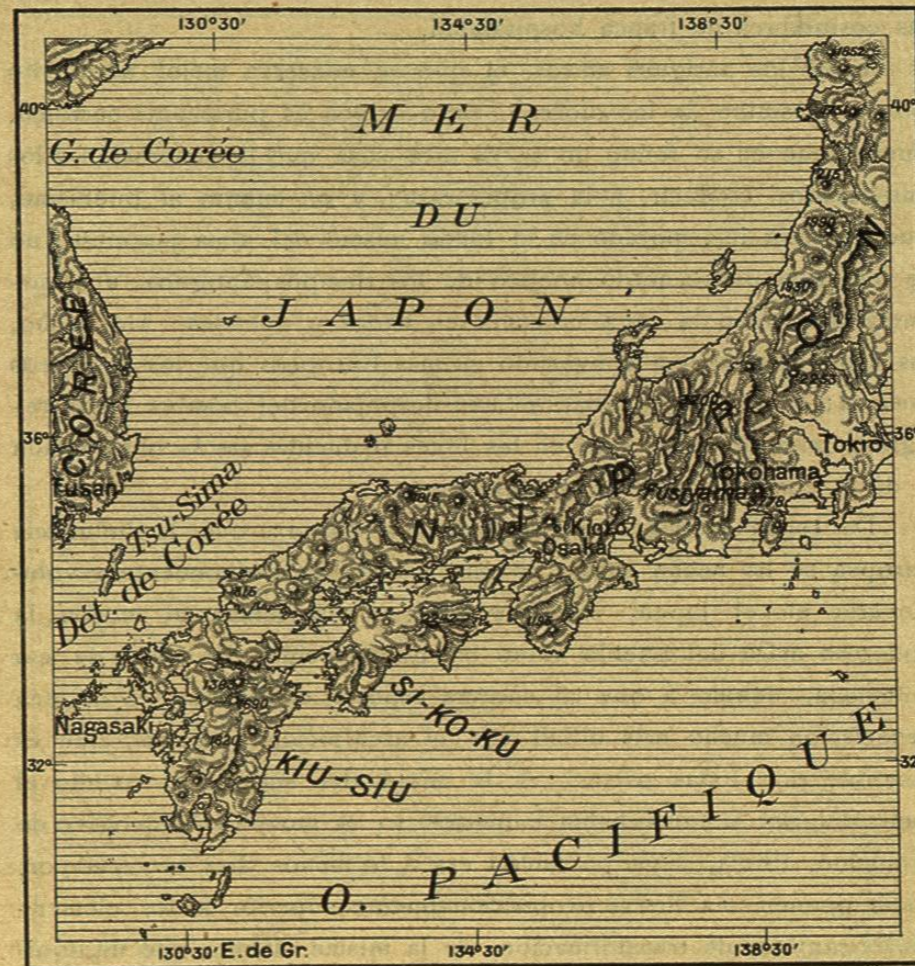
parte de la nobleza feudal de los *daimio*, que gobernaba á la sazón, bajo la aparente dominación del *siogoun* y á la sombra santa del *mikado*. La curiosidad de la nobleza japonesa estaba excitada en sumo grado: quería conocer ese mundo extranjero que se había anunciado por sus intervenciones en China, y sobre todo por sus maravillosos inventos. Apenas se abrió el imperio, cada gran señor japonés tuvo empeño en poseer libros, objetos de la industria europea, máquinas y se hizo construir un barco de vapor para visitar detenidamente las costas de su territorio.

Pero el conflicto debía surgir con violencia entre los patriotas conservadores y los jóvenes ansiosos de novedades. La revolución interior que había tenido por consecuencia indirecta la apertura de los puertos á los extranjeros, continuó disgregando la antigua organización del imperio, y, quince años después de la aparición de los buques del comodoro Perry, se halló que todo se había renovado. El mundo de los comerciantes, es decir, el pequeño feudalismo, que puede compararse á la burguesía de los pueblos occidentales, quedaba ya en libre comunicación con los importadores de todas las potencias civilizadas; los grandes señores feudales, que habían hecho del Japón una gran federación de aristocracias poderosas, debían á la sazón inclinarse ante el poder central del mikado, no restaurado en su antiguo absolutismo, sino transformado sobre el modelo de los soberanos constitucionales de Europa. La imitación fué llevada hasta la puerilidad, pero no llegó hasta la tontería: aunque copiando á los extranjeros para tomarles armas y para adoptar artículos de ley, constituyendo una fuerte centralización, los diplomáticos japoneses han tenido gran cuidado de quitar á los visitantes europeos los privilegios de la jurisdicción consular, y no ha podido lograrse que concedan á los europeos el derecho de adquirir en toda propiedad la menor parcela de territorio: el Japonés queda dueño de su país.

En muchas circunstancias, el plagio de las costumbres occidentales por los Japoneses se exige por esas convenciones tácitas de una tiranía absoluta que se llama las conveniencias, y por tanto, respecto del vestido en las ciudades, se ha desarrollado una tendencia irresistible á modelarle sobre el de los Europeos, aunque haya

contraste natural entre unos y otros en el esqueleto, la actitud, el gusto artístico, el arte y las tradiciones; pero si por una parte muchos Japoneses practican una imitación ridícula, el conjunto de la

N.º 453. Japón meridional.



1 : 10 000 000  
0 100 250 500 Kil.

nación que se halla en relación con los Europeos tiende á un nacionalismo arrogante, á la conciencia exagerada de su valor relativamente á los otros pueblos, hasta á esa fea patriotería que busca la gloria de su país en la vergüenza de los otros, y que funda su alegría sobre el desastre de los rivales. Por un contraste natural,